

seguida, el asesinato cometido en aquel terreno baldío, a cien metros de la casa donde habitaban las dos hermanas, le sugirieron un terrible presentimiento.

Sus temores se vieron pronto confirmados, cuando, después de llamar por tres veces a la puerta, Cecilia, temblorosa, le abrió, después de haberlo reconocido previamente. Norina estaba en cama, enferma, blanca como las sábanas. Apenas vio a Mateo, la pobre madre se echó a llorar y le contó lo ocurrido, estremecida de horror: la visita de la señora Angelín, la brusca aparición de Alejandro, que había visto el bolso, que había oído la promesa de próximos socorros, la fecha y la hora. La infeliz no podía, por otra parte, tener duda alguna respecto a quiénes eran los autores del crimen, puesto que el pañuelo encontrado en el cuello de la víctima era suyo, uno de los pañuelos que Alejandro la había robado, bordado con la inicial de su nombre, una de esas pobres coqueterías corrientes que se venden por millares en los grandes almacenes. Este era el único indicio, tan vago, tan general, que la policía buscaba inútilmente, desesperando de descubrir a los criminales.

Mateo, sentado sobre la cama, permanecía helado de espanto. ¡Dios santo! ¡Pobre y desventurada señora Angelín! Veíala aún joven, alegre, radiante, allá abajo en Jonville, recorriendo los bosques con su marido, errando por los desiertos senderos, perdiéndose en la sombra discreta de los sauces del Yeuse, en una continua fiesta de amor de tal naturaleza, que sus besos resonaban bajo los árboles como los trinos de enamorados ruiseñores. Veíala, más tarde ya, demasiado castigada por aquella época imprevista de loca ternura, desesperada de no poder tener aquel hijo que había

estado demasiado en querer, alarmada por la enfermedad de su pobre marido, que oscurecía con eterna noche, lo que pudiera quedarla de fealdad. Y bruscamente vió también al infeliz ciego, aquel niño viejo, que había quedado ahora sin madre, abandonado, solo entre tinieblas, no viendo más que con el espectro sangriento de la pobre asesinada. ¡Tras tantas promesas y esperanzas de una vida de continua dicha, aquel desdichado, aquella muertel...

Norina sintió un estremecimiento. — ¡Oh! nada tema usted; me dejaría matar antes de hablar.

Meses y años transcurrieron y no pudo descubrirse a los asesinos de la dama del pequeño bolso. Durante años enteros, Norina continuó temiendo cada vez que un golpe demasiado fuerte resonaba a la puerta de su habitación; pero Alejandro no pareció más por allí, temiendo sin duda a aquel rincón de la calle de la Federación que parecía sumergido en el océano de París, en sus abismos oscuros e insondables.

II

Durante los diez años que se siguieron, el desarrollo vigoroso de los Froment, continuó, como la vegetación de alegría y fuerza, en el dominio que heredó sin cesar de Chantebled. A medida que los hijos y las hijas crecían y se concertaban celebraban matrimonios, nuevos seres fueron creciendo; toda la prometida cosecha, todo el pulimento de la generación conquistadora, seguía hacia el infinito.

Primero fué Gervasio quien se casó, con Carolina Bouchar, la hija de un gran arrendatario de los alrededores, una alegre y robusta joven, rubia, de bellas prendas, una mujer de gobierno, hecha a propósito para mandar a su pequeño pueblo de criados. Había tenido la cordura, al salir de un colegio parisién, de no avergonzarse de la tierra, de volver a amarla, a querer sacar de ella toda la sólida felicidad de su vida. Aportaba en dote, del lado de Lillebonne, un lote de praderas que ensanchaba el dominio en más de treinta hectáreas, y sobre todo, aportaba su buen humor, su salud, su valor para levantarse temprano, bajar al corral, cuidar de las gallinas, de la vaquería, de la casa entera, siempre de pié, siempre la última en acostarse.

Después se casó Clara, cuyo matrimonio con Federico Berthaud, previsto y concertado desde hacía tiempo, acabó por realizarse. Hubo lágrimas de enternecimiento, y el recuerdo de Rosa, a quien Federico había amado y con la que debía haberse casado, turbó la alegría general el día de la boda. Pero ¿no era un lazo más aquel amor de otros tiempos, la larga ternura de aquel muchacho, transmitida a la hermana menor desde tantos años que trabajaba en la granja? No tenía fortuna ninguna; no aportaba a su esposa más que su felicidad constante, la especie de fraternidad que los había unido, durante las numerosas estaciones en que había laborado en el dominio de Chantebled. Era el corazón del que no se podía dudar, la ayuda hecha indispensable, el marido que labraria la dicha cierta de su mujer.

Desde entonces, la dirección de la granja se encontró fijada. Mateo, a los cincuenta y cinco años apenas, acababa de abdicar su trono en manos de Gervasio, el hijo de la tierra, como le llamaba

riendo, el primero que había nacido allí, que no le había abandonado jamás, su brazo, su cerebro, su corazón. Federico iba a ser a su vez el pensamiento y la ayuda de Gervasio, el lugarteniente apasionado por la obra común. Los dos, al presente, continuaban la obra del padre, perfeccionando el cultivo, haciendo construir, por Dionisio, en la fábrica de Beauchéne, máquinas nuevas, sacando de la tierra todo el inmenso producto que podía dar. Igualmente las dos mujeres se habían partido el imperio, habiendo cedido Clara a Carolina, más fuerte y bulliciosa, la vigilancia activa para no ocuparse ella más que en las cuentas, en lo que se gastaba y lo que se guardaba. Hubiérase dicho que los dos matrimonios, como escogidos, se habían unido sabiamente para rendir la mayor suma de trabajo posible, sin que hubiese que temer por su causa el menor conflicto. La comunidad fué perfecta, una voluntad única cada día mejor realizada, la alegría y la riqueza de Chantebled corriendo sin cesar bajo el sol bienhechor.

Pero, si Mateo había abdicado el poder activo, quedaba siempre en él el Dios creador, el oráculo consultado y obedecido. En el antiguo pabellón de caza, transformado, convertido en confortable y amplia habitación, vivía tiernamente con Mariana, los dos, cual fundadores de aquella dinastía, retirados en su gloria, gozando de la alegría de ver brotar a su alrededor su numerosa descendencia, los hijos de sus hijos.

Aparté de Clara y de Gervasio, no había allí más que Dionisio y Ambrosio, volados del nido los primeros para llevar a París su fortuna. En la casa feliz se encontraban todavía con los padres las tres niñas Luisa, Margarita y Magdalena, que pronto serían casaderas, sin contar los tres últi-

mos muchachos, Gregorio, Nicolás y Benjamín. Todo este pequeño mundo acababa de crecer, al borde del nido, en la ventana de la vida que se abría esperando que cada uno tomase a su vez el vuelo.

Estaba allí también Carlota, la viuda de Blas, con sus dos hijos, Berta y Guillermo, ocupando los tres el piso superior, donde la madre había instalado su taller de pintura. Carlota se enriquecía desde que su pequeña parte en los beneficios de la fábrica reservada por Dionisio, crecía de año en año; pero ella por eso no trabajaba menos para su comerciante en miniaturas, para hacer un regalo a sus hijos el día de su casamiento. Ya se pensaba en el matrimonio de Berta, la cual sería seguramente la primera nieta de Mateo y Mariana que se casase.

Cuatro años más tarde, Gregorio voló el primero. Hubo grandes disgustos, un drama, que, por su parte, los padres sentían venir desde hacía algún tiempo. Gregorio no era razonable; había sido siempre turbulento. Su infancia había pasado en los bosques de Jonville y después en París, donde hizo execrables estudios, volviendo de la capital alegre, bueno y sano, pero sin querer decidirse nunca por un oficio o profesión cualquiera. A los veinticuatro años ya, no sabía más que cazar, pescar, recorrer el país a caballo, ni más bestia ni menos activo que otro, pero de una obstinación gozosa en no vivir más que a su capricho y con arreglo a su placer.

Lo peor era que todo Jonville contaba, desde hacía algunos meses, que había reanudado sus antiguas relaciones y familiaridades de juventud con Teresa Lepailleur, la hija de los molineros, y que se les encontraba por las noches en los sitios sombríos, bajo los sauces del Yeuse.

Una mañana, Mateo llevóse a Gregorio con él, deseoso de ir a ver si las crías de perdices eran muy numerosas por la parte de Mareuil. Así que estuvieron solos, dijo el padre:

—Ya sabes, muchacho, que no estoy contento de tí... Y me refiero al estado de ociosidad en que vives, aquí donde todos trabajamos. Espero ocurrirte, puesto que me has prometido formalmente decidirme en esa época por la situación que más te convenga. Pero, ¿qué significa todavía esa historia de que se me ha hablado, esas citas o encuentros con la hija de los Lepailleur? ¿Quieres, por lo visto, causarnos verdaderos disgustos?

Gregorio se echó a reír tranquilamente.

—Vamos, vamos, padre. Tú no vas a reñir a uno de tus hijos porque sea camarada de una linda joven. Acuérdate de que fui yo quien dió la primera lección de bicicleta a esa muchacha, hace más de diez años. Y acuérdate de las hermosas rosas blancas que ella me ayudó a hurtar en el cercado del molino, para la boda de Dionisio.

Y siguió riendo, animándose, recordando todo el amor infantil de otros tiempos, las escapatorias que dió a lo largo de la ribera del río, sus festines de moras silvestres en el fondo del bosque, en los escondrijos. Y parecía que la antigua ternura se hubiese despertado de nuevo en él, flameando en aquel momento en un incendio devorador; tan ensalzmado se hallaba el joven al hablar de aquellos mundos lejanos.

—Esa pobre Teresa, con la cual me hallaba reñido a muerte desde hace años, porque una tarde, al regreso de la fiesta de Vieux-Bourg, habíala arrojado a una charca, donde se ensució las rosas... Esta primavera nos hemos reconciliado al

encontrarnos en el pequeño bosque de Mouval, allá abajo. Pero, vamos, padre, ¿acaso es un crimen el que hablemos un rato cuando nos encontramos?

Más inquieto aún por el calor que ponía el enamorado joven en sus palabras, Mateo quiso precisar:

--Un crimen, no; si os limitáis a decirnos buenas tardes o buenos días; pero se cuenta que se os ve, ya caída la noche, abrazados, y hasta no falta quien asegure haberos apercebido echados entre las altas hierbas del Yeuse, contando las estrellas.

Y como Gregorio esta vez riese aún más de mejor grado, sin contestar, Mateo continuó diciendo gravemente:

--Escucha, Gregorio: yo no tengo ningún deseo en ir a hacer el gendarme tras de mis hijos... Lo que no quiero es que nos traigas algún serio disgusto con los Lepailleur. Tú conoces perfectamente la situación, y no hay por qué ser más explícito contigo. No les des un pretexto para quejar-se de nosotros y deja en paz a su hija.

--¡Oh! Soy prudente—gritó el joven en una brusca confusión.—La pobre muchacha ha recibido ya algunos mojicones, pues también le han contado a su padre que voy con ella y Lepailleur ha dicho que antes de dármela la arrojaría al río.

--Ya lo ves, pues. Estamos entendidos y cuento con tu prudencia.

Los dos batieron los campos de Mareuil. A derecha e izquierda, polladas de perdices se elevaban con su vuelo, todavía tardo y pesado. La caza sería abundante. A su regreso guardaron largo silencio. Ambos reflexionaban.

--Yo no quiero disgustos entre nosotros, hijo mío—exclamó de repente Mateo.—No vayas a pensar que yo impediré que te cases a tu gusto, ni

exigiré para tí una heredera rica. Nuestro pobre Blas se casó con una joven sin dote ninguno. Lo mismo ha hecho Dionisio, sin hablar de Clara, quien se ha unido con un simple criado de nuestra granja... Yo no desprecio a Teresa. Al contrario, la encuentro encantadora, una de las más lindas jóvenes del país, viva, decidida, con sus cabellos rubios que parecen empolvados con toda la harina de su molino.

--¿Verdad que sí, padre?—interrumpió apasionadamente Gregorio.—Pues aún no la conoces bien. Es tierna y valiente al propio tiempo. Haría frente a un león. Hacen muy mal en maltratarla, porque así no la doblegarán. Cuando ella quiere una cosa, la hará, y ni yo mismo podré impedirlo. Absorto en su idea, Mateo apenas le escuchaba.

--No, no. Yo no desprecio el molino. Es precisa toda la obstinación y terquedad estúpida de ese Lepailleur, para no sacar actualmente de su molino una fortuna. Desde que el cultivo del trigo ha vuelto a desarrollarse en el país, gracias a nuestra victoria, hubiera podido amontonar muchos escudos sonantes, con sólo haber cambiado el viejo mecanismo de la muela, que deja pudrir bajo el moho... Yo pondría una buena máquina de vapor, con un canal de vía férrea que uniera el molino con la estación de Jonville.

Y continuó explicando toda su idea, mientras Gregorio le escuchaba, alegre ya, tomando la cosa a broma.

--Entonces, padre—acabó por decir,—tú que quieres que tenga a todo trance un oficio, es cosa sencilla. Si me caso con Teresa, seré molinero.

Sorprendido, Mateo exclamó:

--¡No, no! Esto es simplemente un decir. Tú me has prometido ser razonable, hijo mío, y una vez más, por la paz de todos, te ruego que dejes a Te-

resa tranquila, pues de los Lepailleur no podemos esperar más que disgustos.

Entraban ya en la granja, y la conversación cesó. Por la noche Mateo comunicó a Mariana la conversación que sostuviera con Gregorio, lo cual inquietó mucho a la madre, que tenía poca confianza en las promesas de su hijo. Sin embargo, pasó todavía un mes sin que ocurrieran acontecimientos importantes.

Una mañana, Mariana quedó sorprendida al encontrar vacía la alcoba de Gregorio, a la cual había ido a abrazarlo, como de costumbre.

Quizá se hubiera levantado para dar un paseo por los alrededores. Un ligero estremecimiento la sobrecogió sin embargo, cuando se acordó de la manera emocionada con que el muchacho la había tomado dos veces en brazos afectando bromear, la noche última, al tiempo de ir a acostarse. Y como buscase algún indicio, percibió sobre la chimenea una carta dirigida a ella, una carta galana en que el joven se excusaba de darla un gran pesar, rogándola le excusase con su padre, sin dar otro detalle de su marcha misteriosa, más que la necesidad en que se hallaba de abandonarles por algún tiempo. Esta dislaceración en una familia tan unida, aquella villana acción cometida por uno de sus hijos, el primero que rompía el lazo en un momento de locura sin duda, fué para el matrimonio un golpe doloroso. Su terror sobre todo, subía de punto al considerar, al pensar, que Gregorio no se habría marchado solo. Mateo y Mariana reconstituían la deplorable aventura. Carlota se acordó de haber oído bajar a Gregorio casi en seguida de haberse retirado a descansar. Seguramente que habría ido a reunirse con Teresa para marchar en seguida hacia Vieux-Bourg, de donde partía el último tren para París a las doce

y veinticinco de la noche. Así era, en efecto, pues al mediodía se enteraron de que Lepailleur tocaba el cielo con las manos, a causa de haberse fugado su hija Teresa, habiendo ido en seguida a avisar a los gendarmes, queriendo que se buscara a la infame y se la llevara atada codo con codo con su seductor. El molinero había encontrado también una carta en el cuarto de su hija, una carta enérgica en que Teresa decía clara y llanamente que habiendo recibido la víspera algunas bofetadas, tenía ya bastante, y partía de buen grado, siendo ella quien se llevaba a Gregorio, considerándose bastante mujer a los veintidós años, para saber lo que se hacía. La furiosa cólera de Lepailleur provenía de aquella carta, que no se atrevía a enseñar a nadie; sin contar con que Lepailleur, en guerra continua con su esposa, a causa de su primogénito Antonio, pateaba y chillaba rabiosamente contra Teresa, no cansándose de repetir que aquello debía llegar más tarde o más temprano, y que su marido tenía toda la culpa de aquel escándalo vergonzoso. Marido y mujer acabaron por golpearse, y en el país se habló durante ocho días seguidos de aquella fuga, con gran desesperación de Mateo y Mariana, que sufrían grandemente por tan vil suceso.

Cinco días después, un domingo, las cosas se agravaron aún más. Como las pesquisas que se hacían en averiguación del paradero de los jóvenes seguían siendo estériles, Lepailleur, ébrio de rencor, llegó hasta la granja, y desde abajo, sin entrar, vomitó una larga serie de innobles injurias. Precisamente Mateo no se hallaba allí, y Mariana tuvo que hacer grandes esfuerzos para contener a Gervasio y a Federico, que querían salir para contestar a los insultos del molinero. Cuando Ma-

teo, por la noche, se enteró de lo ocurrido, sintió aumentarse grandemente su disgusto.

—Esta situación no puede continuar—dijo a su mujer, al tiempo de acostarse.— Parece que nosotros nos ocultamos, que seamos los culpables de lo ocurrido. Mañana iré a ver a ese hombre. La cuestión no tiene más que un arreglo, y sencillo por cierto; casar a esos desgraciados. Nosotros consentimos desde luego, ¿no es así? A Lepailleur le conviene consentir también... Mañana es preciso terminar este enojoso asunto.

Hacia las dos de la tarde, Mateo se dirigió al molino. Pero una complicación, todo un terrible drama le esperaba allí. Desde hacía años, una lucha sorda, tenaz, se desarrollaba entre Lepailleur y su mujer, a causa de Antonio. Mientras que el padre se había exasperado más de su holgazanería, de su vida de disolución y crápula, en París, la madre había puesto en sostenerle y apoyarle, una obstinación de mujer inculta e ignorante. A pesar de su sórdida avaricia, continuaba robando a su marido para hacer envíos de dinero a su hijo.

A cada paso la batalla se mostraba, hasta el punto de parecer que el viejo molino se venía abajo. Antonio, podrido a los treinta y seis años, cayó enfermo. De momento, Lepailleur declaró que si volvía con su sucia enfermedad, le plantaría en el río por encima de la muela. Antonio, por su parte, no deseaba volver; había tomado horror al campo y temía además que su padre le retuviera como a un perro. En vista de esto, la madre le puso a pensión en Batignolles, en casa de unas gentes, donde le curaba un médico del barrio. Esto duraba ya tres meses y la Lepailleur iba a verte cada quince días. El jueves estuvo, y el domingo por la noche recibió un despacho llamándola,

el lunes, la mañana del día en que Mateo se presentó en el molino, había vuelto a partir, después de una riña terrible con el padre, que preguntaba cuándo acabaría el bribón de su hijo de comerse sus cuatro sueldos, sin tener siquiera valor de mover un terrón.

Solo en el molino, Lepailleur se hallaba aquella mañana enfurecido. Hubiera roto el arado a golpes de martillo, se hubiera arrojado sobre la vieja muela. Cuando vió entrar a Mateo, la ira le sofocó.

—Vamos, vecino—dijo cordialmente el amo de Chantebled, —tratemos de ser los dos razonables... yo le devuelvo a usted su visita de ayer. Pero las malas palabras no han hecho nunca buenas obras y lo mejor sería, ya que la desgracia ha llegado, tratar de apartarla lo más pronto posible. ¿Cuánto quiere usted que casemos a esos malditos muchachos?

Sobrecogido por la ingenua y tranquila bondad de este ataque directo, Lepailleur no contestó de pronto. Había vociferado por todas partes que no quería un matrimonio, sino un proceso, para enviar a la cárcel a todos los Froment. Sin embargo, un hijo del gran agricultor, reflexionándolo bien, no era ya un yerno para despreciar.

—¡Casarles, casarles!—tartamudeó.—Lo que de la hacerse es atarles una cuerda al cuello para arrojarlos al agua. ¡Ah! los indecentes... ya les daré yo una piel nueva, tanto a él como a ella. Sin embargo, se calmaba, aceptaba ya la conversación, cuando un galopín de Jonville atravesó a galope el patio.

—¿Qué es lo que quieres?

—Señor Lepailleur, un despacho.

—Bueno, dame.

El muchacho, contento con su sueldo de pro-

pina, había ya vuelto a partir, y el molinero examinaba todavía el despacho, con ese gesto de desconfianza de las gentes que no tienen costumbre de recibirlos. Sin embargo, tuvo que decidirse. El despacho no contenía más que estas tres palabras: «Tu hijo muerto». En esta breve brutalidad, en este golpe de maza asestado de improviso, adivinábase la rabia fría de la madre, la necesidad de aplastar de pronto al hombre, al hombre a quien acusaba de la muerte de su hijo, como había acusado de la fuga de su hija. El molinero sintió el golpe, vaciló, atontado ante aquel pedazo de papel, releyéndolo y acabando por comprender. Y sus manos se pusieron a temblar y su boca vomitó juramentos abominables.

—¡Ira de Dios! ¡Esto sólo nos faltaba! ¡El muchacho muerto, la ruina, la desolación!...

Después su corazón se desbordó y las lágrimas surcaron sus mejillas. Había caído sobre una silla y seguía leyendo con cruel obstinación el telegrama: «Tu hijo muerto... tu hijo muerto», buscando el resto, lo que no se encontraba allí. Quizá había muerto antes de la llegada de la madre. El desventurado comentaba tartamudeando. Decía veinte veces que su esposa había tomado el tren de las once y diez, y como el despacho había sido depositado a la una y veinte, lo más probable es que lo hubiese encontrado muerto.

—¡Dios mío, Dios mío! He aquí un despacho que nada dice y que sin embargo, asesina. Será preciso que vaya yo mismo. Esto es horroroso, es el colmo, es más de lo que puede sufrir un hombre.

Dijo Lepailleur estas palabras con tal angustia, que Mateo no se atrevió a intervenir. Sobrecogido por la brusca desgracia, aguardó en silencio, y por fin se decidió a decirle que se brindaba a

acompañarle a París. Pronto se arrepintió de lo dicho; el molinero se había puesto de pié, enloquecido, indignado de verle en su casa.

—¿Conque es verdad que ha venido usted?... ¿Qué me dice usted? ¿Hablaban usted de casar a esos perdidos? Ya ve usted que está la cosa para bodas. Mi hijo ha muerto; márchese, márchese usted pronto, si no quiere usted que ocurra una desgracia.

El infeliz gesticulaba como un loco, pues la presencia de Mateo le recordaba la derrota de su vida. Era en verdad terrible que aquel burgués que acababa de ganar una fortuna haciéndose labrador, estuviera presente cuando llegaba la noticia de la muerte de Antonino, a quien, en su locura, quiso convertir en un caballero, y que había reventado en París, de vicio y de pereza. Rabiaba por haberse engañado, de ver que aquella tierra difamada por él, calificada de madrastra estéril, se convertía en fecunda y cariñosa madre, para el hombre que sabía amarla. A consecuencia de su estúpida manía en limitar la familia, se hundía todo a su alrededor; todo era desolación y ruina; el hijo muerto vergonzosamente, su hija escapándose con el hijo de la granja triunfante, y él solo, solo por completo en el molino que se desmoronaba, como para hacer más trágico el cuadro de su desventura.

—Oiga usted: aun cuando Teresa se arrastrase a mis pies, nunca dejaré que se case con el ladrón de su hijo de usted. No quiero que se molen de mí y que se beneficien ustedes de mi hacienda, como han hecho ustedes con las de otros. Aquella idea acababa de surgir de su mente como una súbita amenaza. Muerto Antonio, Gregorio sería el dueño del molino si se casaba con Teresa. Y de Mateo serían los campos yermos, el

territorio aquel, conservado con tal salvaje entereza y que iría a redondear, sin duda, la propiedad de Chantebled. Aquel pensamiento acabó de enloquecer al molinero.

—A su hijo de usted, lo enviaré a la cárcel, y a usted, si no se marcha pronto, lo arrojaré. ¡Váyase! ¡váyase!

Mateo retrocedió poco a poco, al ver la locura de aquel hombre, y partió, diciendo con voz tranquila:

—Es usted un desdichado y le perdono, porque sufre usted mucho. Además, estoy seguro de que todo se arreglará, porque lo razonable acaba siempre por prevalecer.

Pasó otro mes. Una mañana se encontró a la señora Lepailleur ahorcada en la cuadra del molino. En Jonville hubo quien aseguró que Lepailleur la había asesinado. La verdad era que, desde la muerte de Antonio, estaba muy triste y abatida. De continuo andaban a la greña marido y mujer y proferían horribles insultos uno contra otro, acusándose mutuamente de la muerte de Antonio y de la fuga de Teresa. Únicamente extrañaron las gentes que una mujer tan avarienta y descastada se hubiera suicidado sin poder llevarse al sepulcro su fortuna.

Así que supo la muerte de su madre, acudió Teresa arrepentida, no queriendo abandonar a su padre, herido por aquella doble desgracia. Durante los primeros días, padeció viviendo en compañía de aquel hombre brutal, exasperado por lo que él llamaba su mala suerte.

Pero era joven y valerosa y no se amilanaba fácilmente. Algunas semanas más tarde, le hizo consentir en su casamiento, lo cual produjo gran alegría a los Froment, cuyo hijo pródigo no osaba reaparecer por la granja. Estaba probado que la

amorosa pareja había vivido en un barrio extremo de París, y que Ambrosio, siempre generoso, había dado a su hermano el dinero que necesitaba en aquellos momentos.

Lepailleur consintió en la boda, malhumorado y a regañadientes, aconsejado tan sólo por su egoísmo, a fin de no quedar abandonado, como un animal dañino en su vetusta casa. Mateo y Mariana, en cambio, celebraron aquel casamiento, que ponía fin a una situación equívoca y que calmaba la pena que les produjera la rebeldía de uno de sus hijos.

Una vez hecho el casamiento e instalado ya Gregorio en el molino, entendiéronse suegro y yerno mucho mejor de lo que podía creerse. La avenencia se realizó a consecuencia de haber querido juntar Lepailleur a Gregorio que nunca, ni ahora ni cuando el molino fuera de Teresa, cedería las tierras incultas a los propietarios de Chantebled. El joven no juró, pero dijo riendo que no sería bastante torpe para ocurrírsele despojarse y despojar a los suyos en favor de sus hermanos, ya que por su parte tenía el proyecto de cultivar aquellas tierras y de convertirlas en las más feraces del país. Lo que era ya suyo, no debía ser de los otros y sabría defenderlo con uñas y dientes. En cuanto al molino, se contentó, por lo pronto, con reparar el mecanismo primitivo, esperando ocasión oportuna para reemplazarlo por otro moderno movido por vapor. Tampoco habló, de momento, del camino que uniera el molino con la estación Jonville. El muchacho turbulento e inquieto, se había convertido en un mozo sesudo y emprendedor. Le secundaba en sus planes de transformación Teresa, enérgica y linda como siempre, encantada de poder adorar a su marido en aquel vetusto y romántico molino, al que la yedra trepadora tejía

desmedidas guirnaldas, y que esperaba poder derribar un día para levantar una fábrica de harinas montada a la moderna.

Durante los años siguientes, Mateo y Mariana vieron escapárseles de su lado otros hijos. Primeramente fueron sus hijas Luisa, Magdalena y Margarita, que se casaron con mozos del país. Luisa, que era la personificación de la alegría y de la salud, casó con el notario Mazaud de Jonville, que era un hombrecito quieto y callado, de mucho arraigo. Magdalena, más delicada en sus gustos, de una belleza más fina, casó por amor con el arquitecto Herbette, ya célebre, rico y guapo mozo, que pasaba unos meses en una propiedad que tenía en Monval.

Luego Margarita, la menos linda de las tres, casó con el doctor Chambouvet, un muchacho jovial y caritativo que ejercía en Vieux-Bourg. Una vez casadas las muchachas, no quedaron con Mateo y Mariana sino los dos hijos menores Nicolás y Benjamín.

A medida que se alejaban los hijos, a su vez engendraban el árbol de la familia, cada vez más pomposo, que extendía por todas partes sus ramas. Dionisio tenía ya tres hijos, dos niños y una niña; Ambrosio cuatro; Gervasio dos. Las hijas no se habían retrasado y Clara tenía un niño y dos niñas; Luisa, una; Magdalena, otro, y Margarita estaba a punto de librar. Gregorio tenía ya un robusto muchacho también. La familia era cada vez más numerosa, y Mateo, que no contaba aún sesenta años, y Mariana, que sólo tenía cincuenta y siete, estaban robustos y alegres al advertir a su alrededor aquel pululamiento de seres que había nacido de ellos y que conquistaban poco a poco toda la comarca, bien así como de un solo árbol nace una selva de extensión desmedida.

Pero cuando hubo una fiesta, que fué como la glorificación de Chantebled, fué al nacer a los nueve meses de matrimonio de Berta, la hija de Blas, el primer biznieto de Mariana. En aquella muchachita sonrosada parecía revivir Blas de tal manera, según lo que se le parecía, que Carlota abuela a los cuarenta y dos años, lloró enternecida. El parto se verificó en Chantebled, y cuando se levantó por primera vez la parturienta y pudo asistir a la mesa común, decidieron todos celebrar una fiesta en honor de los bisabuelos. Mariana, que estaba junto a la cuna, exclamó:

—Aun cuando hay pájaros que vuelan, pequeños que se marchan, nacen otros y otros, y el nido no quedará nunca vacío.

—¡Jamás, jamás!—repitió Mateo enternecido, orgulloso de aquella continua victoria sobre la soledad y la muerte.—¡Nunca nos quedaremos solos!

Hubo, sin embargo, otra partida que les costó muchas lágrimas. Nicolás, el penúltimo de sus hijos, iba a cumplir veinte años, sin haber decidido todavía el camino que debía seguir en lo sucesivo. Era un muchacho moreno y robusto, a quien de niño le habían gustado siempre las lecturas de remotos viajes y que se entretenía en hacer interminables paseos por los alrededores, sin cansarse nunca. Más tarde, al crecer, estaba casi siempre pensativo, como buscando a su alrededor un empleo digno de su actividad. Sus hermanas, sus hermanas, todos mayores, habíanse establecido en la granja, o en sus alrededores, y no sabía en qué punto fijarse, ni dónde encontrar la vasta propiedad, la tierra nutridora donde recoger la cosecha que debía alimentarle. No fatigaba sin embargo a sus padres hablándoles del porvenir, pues quería decidirse por su cuenta.

En la granja no había ya sitio para Nicolás, pues Gervasio y Clara la ocupaban por entero. En la fundición, Dionisio reinaba como dueño absoluto, y como era muy trabajador, no podía tampoco Nicolás aspirar a compartir la dirección. En el molino, Gregorio se había instalado apenas, y no podía ceder la mitad de su lote. Ambrosio era el único que podía tomarlo consigo, y así lo hizo durante algunos meses, a guisa de ensayo, para ponerle al corriente de las operaciones del alto comercio. La fortuna de Ambrosio crecía prodigiosamente desde que su viejo tío Du Hordel muriera dejándole la casa de comisión que en manos del nuevo propietario aumentaba cada vez la cifra de sus negocios. Estaba en camino, merced a sus iniciativas afortunadas, de enriquecerse con los despojos del mundo entero. Y si bien Nicolás se ahogó en los vastos almacenes de su hermano, entre aquella balumba de fardos y paquetes, oyó por lo menos allí una voz que le reveló su verdadera vocación, una voz que le llamaba a lo lejos, hacia los países desconocidos donde quedan todavía extensiones enormes para roturar y cultivar y hacer que la tierra produzca mieses en abundancia para las generaciones presentes y futuras. Durante dos meses, Nicolás no dijo una palabra del proyecto que concibiera. Como hombre de acción, era muy enérgico y gustaba de madurar los planes que acariciaba. Pensó que ya que era preciso partir, no podía vacilar en hacerlo; pero parecióle que no debía partir solo, sino con una compañera que le ayudara en la ruda tarea de poblar y cultivar una tierra virgen. Conocía en Jonville a una joven de diecinueve años, Isabel Moreau, robusta y agraciada, cuya sana naturaleza y seria actividad le sedujeron. Como él, se ahogaba en el estrecho rincón que le marcó el destino. Hué-

fana desde muy niña, había sido recogida por una tía que era mercera, que acababa de morir, dejándole unos diez mil francos. Encerrada desde niña en la tienda, anhelaba venderla y vivir, disfrutar al cabo de más vida y más espacio. Una tarde de octubre, Nicolás e Isabel se comunicaron lo que sentían sus corazones, y aquél le explicó su ensueño, y ambos a dos, libres y fuertes, se comprometieron para toda su vida, afirmando su voluntad de conquistar un nuevo mundo, para crear una familia nueva. Cuando todo estuvo decidido y arreglado, Nicolás habló, anunciando la partida a sus padres. Era una tarde de otoño en que se sentía ya el primer soplo del invierno y un dolor agudo hirió a Mariana y a Mateo, cuando comprendieron las intenciones de su hijo. Aquella vez no era solamente el pajarillo que abandona el nido para ir a construir el suyo en la copa de un árbol vecino; era la partida para un mundo nuevo, a través de los mares, la partida completa, sin esperanzas de una próxima vuelta.

A sus otros hijos podrían verles cuando quisieran; pero ese les daba un adiós eterno. Pero, ¿qué responderle, cómo rehusar? El hijo no tenía fortuna, se marchaba y esto era lógico y lo natural. Más allá de la patria, hay todavía terrenos inhabitados, y las semillas que arrastran los vientos no conocen fronteras. Además de la raza, existe la humanidad, el pueblo único y fraternal de los tiempos futuros, que reinará sobre la tierra, cuando ésta sea la morada de la verdad y de la justicia. Luego Nicolás explicó las razones que le impulsaban, y como era muy práctico y había pesado todas las dificultades de su empresa, supo convencer a sus padres de que no debía ser un parásito, y de que si la patria era demasiado estrecha para su actividad, debía partir en busca de nuevas re-

giones y nuevas riquezas. La Africa misteriosa le atraía. Primeramente iría al Senegal, después alcanzaría el Sudán para fundar en el propio corazón de aquellas tierras vírgenes una nueva Francia, un inmenso imperio colonial sobre el que reinará otra dinastía de los Froment, un Chantebled decuplicado y bañado por el sol, poblado por sus hijos y por los hijos de sus hijos. Hablaba de todo aquello con tal alegría y entusiasmo, que sus padres acabaron por sonreír a través de las lágrimas que empañaban sus ojos.

—Ve, hijo mío, no queremos ni podemos detenerte. Ve donde te llama tu vocación, donde la vida te atrae. Cuanto nacerá de tí allá abajo representará aún la salud, la alegría y la fuerza que nosotros hemos producido... Tienes razón: no es ocasión de llorar; precisa que tu partida sea una fiesta; la familia no se separa, se extiende, invade y conquista el mundo.

Sin embargo, después del matrimonio de Nicolás y de Isabel, el día de la despedida hubo en Chantebled unos momentos de tremenda emoción. Toda la familia se había reunido y celebrado una comida, y cuando el matrimonio aventurero se arrancó por fin a la tierra maternal, hubo sollozos y suspiros que se escapaban a pesar de la voluntad. Partieron alegres y decididos, sin equipaje apenas, pero con muchas esperanzas y con unos veinte mil francos, que a juicio de Nicolás le bastarían para los primeros años. ¡El trabajo, la perseverancia y el valor debían bastar para aquella gran conquista! Benjamín, el menor de los hermanos, quedó trastornado por aquella partida. No tenía aún doce años, y sus padres le miraban mucho creyéndole delicado. Crecía lánguido, soñador y adorado, pegado siempre

las faldas de su madre, formando un contraste con toda aquella familia tan fuerte y tan laboriosa.

—Deja que te abrace otra vez, Nicolás... ¿Cuándo volverás?

—Jamás, Benjamín.

El niño se estremeció.

—Jamás, jamás... ¡Ah! ¡eso no puede ser! Vuelve, vuelve un día para que te abrace de nuevo.

—Jamás—repitió Nicolás palideciendo.—Nunca, nunca.

Había levantado entre sus brazos al muchacho, que lloraba desconsoladamente. Todos sintieron un dolor agudísimo en el momento de la separación eterna.

—¡Adiós, chiquitín!... ¡Adiós, adiós todos!

En tanto que Mateo le daba un último adiós prediciéndole la victoria, Benjamín se refugió al lado de Mariana, que tenía los ojos inundados de lágrimas. Su madre le estrechó apasionadamente, como temiendo que pudiera él partir también a su vez. Únicamente quedaba él, junto al hogar de la familia.

III

En la fundición, en su lujoso palacio del mueble, en que había reinado como dueña soberana, Beauchéne esperaba el destino desde doce años con una constancia esperaba el destino desde doce años con una constancia rígida y tenaz, viendo el continuo derrumbamiento de su vida y sus esperanzas.

Durante aquellos doce años, Beauchéne había sentido la pendiente fatal por que marchara, y había llegado hasta el fondo de la última abyección.